«No ha mucho, Peter Brook declaró en una entrevista que, con el descubrimiento de las neuronas espejo, las neurociencias habían empezado a comprender lo que el teatro había sabido desde siempre».[1]

EL TEATRO ESPECULAR: UN JUEGO NECESARIO

Jesús Campos García

Pues eso. Desde 1990 ya es conocido el soporte biológico en el que se sustenta nuestra empatía: las neuronas especulares. E igual hubiera dado que tal sentimiento se generara en las uñas de los pies —mejor en la frente: los lóbulos frontales le dan otra nobleza—; pues lo que realmente importa no es dónde existe, sino su existencia; la existencia de la emoción compartida, o mejor, inducida: esos sentimientos, esas sensaciones que podemos llegar a experimentar con la sola contemplación de la vivencia ajena.

¿A quién no se le activaron las glándulas salivares viendo comer a otro? Un clásico de la empatía. ¿O a quién no se le erizó el cabello al escuchar un grito desgarrado? Es así: reaccionamos al unísono con los demás. Nuestra capacidad de ponernos en su lugar nos permite identificarnos con ellos y, de este modo, hacer que la experiencia individual trascienda y se convierta en experiencia social. A buen seguro, ese es el origen, el fundamento, la razón de ser del juego dramático: un pasatiempo que destruye, niega y altera la identidad (la individualidad) para, interpretando ser quienes no somos, poder desentrañar mejor, ante propios y extraños, la naturaleza de nuestros actos (en colectividad).

Es lo que hacemos cuando creamos una ficción dramática: jugamos a ser otros. Otros en pugna, en crisis y en proceso: seres dinámicos surgidos del reciclaje de nuestras experiencias personales (vivencias) y colectivas (observaciones); seres con nuevas identidades que no son sino el reflejo de nuestros reflejos. La ficción: un universo especular que, cuando se somete a las convenciones de lo que hemos dado en llamar «teatro», nos permite, mediante su representación, observar la realidad, reflexionar la realidad, emocionarnos con la realidad, sin que la realidad nos acucie.

Bien es cierto que el territorio de la ficción es mucho más amplio que el ámbito de lo dramático (lo narrativo), y que incluso lo dramático puede producirse en otros soportes (el audiovisual), mas solo en el teatro la comunicación es inmediata, biológica e irrepetible, lo que potencia en grado sumo la empatía; a diferencia de la ficción industrializada, cuya representación diferida, inorgánica y fosilizada, filtra y aminora nuestra respuesta neuronal. En el teatro, pues, se exprime al máximo el reflejo especular, con la ventaja añadida de que esta comunicación vital no se produce de forma individual, ya que quienes representan nuestra realidad nos conmueven colectivamente. ¿Cabe mayor voluntad de reconocernos como sociedad?

En el teatro, pensamos, sentimos, hablamos como el otro; vivimos ser el otro; y esto, frente a los otros. Un ejercicio que no es que sea necesario; es que debería ser obligatorio. Claro que podríamos vivir sin teatro, como pudimos vivir sin el control del fuego, sin la rueda o sin los innumerables inventos de nuestras civilizaciones, pero ¿a quién le interesa retroceder? Nadie prescindiría de los logros que nos proporcionan confort: ¿por qué prescindir entonces de los que, como el teatro, nos proporcionan entendimiento?

Siempre lo sentimos así, solo que ahora, además, lo sabemos. En nuestro cerebro existe un dispositivo neuronal que nos permite identificarnos con el otro, asumir el pensamiento ajeno, y no solo aquel que nos es afín, sino también el que nos es contrario. (Un mejor teatro defendería por igual las posiciones protagónicas y las antagónicas). Y así, la verdad, lejos de ser una categoría, viene a ser algo cuestionable, matizable, revisable. Frente a la verdad doctrinaria, la verdad inestable; que así son las verdades que nos transmite nuestro mejor teatro. De ahí la prevención de algunos, su continua sospecha, cuando no su agresividad ante lo mutable e inasible de la verdad dramática. De ahí también el aprecio por este juego indagador de quienes quieren entender y no imponer. Jugar al teatro, con sus verdades plurales, ejercita nuestra condición social, mientras que enrocarse en las verdades absolutas nos conduce al autismo. El autismo es eso, ahora se sabe: una disfunción de las neuronas especulares, la incapacidad de verse en los demás. Y aunque solo sea por esto, el teatro, la gran caja especular, seguirá siendo, salvo que queramos convertirnos en una sociedad autista, un juego necesario. ■

[1] G. Rizzolatti y C. Sinigaglia, *Las neuronas espejo. Los mecanismos de la empatía emocional,* Barcelona, Paidós, 2006, pág. 11.